

Un pintor de flores y fisonomías

Murió cuando empezaba a poseer la plenitud de su oficio. La cabeza iba blanqueando y las espaldas se abrumaban un poco al peso de la cincuentena; pero los signos de la vejez física no contaban en el caso, porque él era el aprendiz que acababa de hacerse dueño de los secretos del taller, el chico grandullón que se siente feliz, porque ya puede pintar lo que quiera. Hasta entonces daba la impresión del discípulo que lucha con las dificultades del oficio y que se esfuerza por vencerlas, poniendo en el empeño una obstinación reconcentrada. Había llegado tarde y necesitaba adelantar a fuerza de voluntad, de vocación amorosa y de inteligencia. Y en esto, cuando el arte español podía esperar todo de un espíritu tan selecto y bien preparado, le falló el corazón repentinamente y tuvo que dejar su obra y su vida interminadas.

En el Museo Moderno (ese Museo Moderno que se ha convertido rápidamente en uno de los buenos museos de Europa) acabo de visitar la sala en donde se exhibe una parte importante de la obra de Juan de Echevarria. Una ráfaga de recuerdos me ha asaltado a su vista, de cuando el pintor se sentía asistido por todos los entusiasmos e ilusiones y de todas las amistades además. Porque Juan de Echevarria era de esos hombres que no pueden tener más que amigos, y franco y de noble corazón se abría a la generosidad con un impulso de entrega. Acaso después los amigos le han ido olvidando un poco por esa fatalidad que nos obliga a habitar en un país en que resulta algo difícil el culto verdadero y profundo de la amistad.

En el estudio del pintor yo fui uno de los voluntarios modelos que tenían que “posar” interminablemente, semana tras semana, con un estoicismo gustosamente aceptado“. Pues Echevarria si en todos los momentos consideraba el arte como una religión, para el retrato reservaba todavía un fervor más hondo. Ante el retrato de un hombre su espíritu se desdoblaba, y lo que había en él de literato y de sicólogo, interponía las más difíciles exigencias; exigía, por ejemplo, representar el lado íntimo de la persona y la parte secreta o subconsciente del carácter del retratado; esto que siempre es difícil en literatura, lo es mucho más en literatura. Pero Juan de Echevarria se obstinaba en su empeño, aun a costa del indulgente estoicismo de los retratados, y de cómo consiguió sus fines hablan esas obras que andan por ahí proclamando una fuerte nota de originalidad en el arte español de los últimos tiempos.

Era lento hasta la exasperación, en efecto, y quien no tuviese una buena dosis de paciencia, podía excusarse posar ante su caballete. Algunos achacarían, acaso, esa morosidad, a su condición de pintor acaudalado, pues Juan de Echevarria nació en un hogar en donde los dineros se contaban por millones. Pero su lentitud no provenía de la despreocupación del artista rico, que considera sin miedo y sin prisa los azares económicos del porvenir; era,

al contrario, la especie del artista que consagra al arte su vida toda y que desde ese momento se compromete a ser digno del culto que voluntariamente ha aceptado. Exigente consigo mismo en un grado supremo, el pintor se entregaba a continuas rectificaciones, borraba, volvía a empezar, nunca satisfecho con su obra y sin decidirse a darla por terminada. Sacrificó al arte una posición social llenas de ventajas. Era un ingeniero diplomado y muy experto; había viajado por toda Europa y conocía a fondo varios idiomas, poseía una vasta cultura y en Bilbao le aguardaban las grandes fábricas de su padre para cuando quisiera posesionarse de ellas. Todo lo sacrificó por su ideal estético y todo le parecía mezquino en comparación con las íntimas delicias que reporta el culto de la belleza.

Las naturalezas muertas y bodegones le atraían preferentemente, en su creación llegó a resultados admirables, únicos tal vez en nuestra pintura moderna, por la finura y el delicado espíritu con que acertó a lograrlos. Ahí es donde él recogía las mejores compensaciones. Todos los sacrificios y renunciaciones podían considerarse bien pagados por ese placer incalificable de la obra trabajada amorosamente. Como era un buen músico a veces se pasaba la mañana interpretando al piano paginas predilectas de los grandes maestros, y después se ponía ante el caballete, con un ramo de flores al lado, concibiendo una combinación de rosas y telas policromas en un sentido musical, en que la armonía de las notas del pentagrama se correspondiese con la armonía de los colores de la paleta.

También los retratos le atraían singularmente. Pero en este punto no lograba evitar una especie de polémica, pues su manera de entender el retrato parecía excesivamente original a algunos, y hasta arbitraria o caricaturesca. Era, sin duda, porque Juan de Echevarria concebía al hombre como dotado de varias dimensiones, es decir, de varias expresiones y fisonomías. La fisonomía de primer plano, la fotográfica, la dejaba para los demás y él se entregaba a una labor de buzo psicológico que le daba por resultado el sacar a la superficie una fisonomía interna e inesperada del sujeto retratado. Todos al contemplarla se sorprendían, y algunos le negaban autenticidad; pero el pintor estaba bien seguro de que su mirada penetrante e inteligente no le había engañado al hundirse en el interior y arrancar el secreto de una fisonomía personal que la gente no acertaba a ver antes. Desde luego, sus retratos quedarán como formas originales o disonantes sujetas a discusión, en tanto que sus naturalezas muertas marcaran siempre una nota deliciosa que todos a una pueden entender y gozar.

José María Salaverria ABC, Madrid 1-6-1935